

Beatriz Bragoni, Eduardo Míguez & Gustavo Paz (editores), 2023.
La dirigencia política argentina. De la Organización Nacional al Centenario. Buenos Aires: Edhasa. 380 p.

3

El libro editado por Beatriz Bragoni, Eduardo Míguez y Gustavo Paz busca, y por cierto lo logra, “caracterizar a los principales actores de la política argentina en la etapa fundacional de su Estado” (p. 15). En particular, el interés está puesto en el elenco político que alcanzó los más altos cargos del Poder Ejecutivo Nacional –presidente, vicepresidente y ministros nacionales–, del Poder Legislativo Nacional –diputados y senadores–, así como de los diferentes poderes ejecutivos provinciales –gobernadores, vicegobernadores y ministros provinciales– entre 1860 y 1890.

La estructura de esta obra colectiva, evaluada y auspiciada por la Academia Nacional de la Historia, contiene una presentación general a cargo de Eduardo Zimmerman, una introducción, nueve capítulos, cada uno de ellos centrado en un caso provincial particular, y finaliza con una conclusión general. Cada capítulo es obra de reconocidos especialistas del período y la provincia en cuestión: Eduardo Míguez –Buenos Aires–, Laura Cucchi –Córdoba–, Raquel Bressan –Corrientes–, Mariana Pérez –Entre Ríos–, Gustavo Paz –Jujuy–, Beatriz Bragoni y Eliana Fucili –Mendoza–, Juan Ignacio Quintián –Salta–, Ana Laura Lanteri –San Juan– y María José Navajas y Flavia Macías –Tucumán–.

En términos historiográficos, la reunión de estos destacados profesionales permite considerar el libro como parte de la renovación que la historia política viene expe-

rimentando en las últimas décadas, particularmente aquella que ha puesto sus ojos en la formación del Estado y en su vinculación con los procesos políticos provinciales. Para el lector no familiarizado con este rico y heterogéneo proceso, esta renovación puede sintetizarse en el abandono de viejos presupuestos y puntos de partida antaño considerados como necesarios e ineludibles para, por el contrario, convertirlos en problemas y procesos a indagar y explicar.¹ Para ejemplificar uno de los temas implícitos en la obra que es, a su vez, continuidad de interpretaciones abiertas hace más de una década, el análisis realizado en este libro ya no supone al Estado nacional un centro de poder que somete unidireccionalmente a las provincias.² Lejos de eso, lo entiende como un proceso de construcción en el cual las provincias contribuyen a su propia formación y consolidación; de allí la importancia de analizar y caracterizar sus elencos dirigentes.

Merece la pena detenerse en la introducción, pues allí queda consignada la propuesta teórico-metodológica del libro. Por un lado, se destaca el trabajo prosopo-

1 H. Sabato, 2007. La política argentina en el siglo XIX: notas sobre una historia renovada. En G. Palacios (coord.), *Ensayos sobre la Nueva Historia Política de América Latina siglo XIX*. México: Colegio de México y Comité Internacional de Ciencias Históricas. pp. 83-94.

2 B. Bragoni y E. Míguez (coords.), 2010. *Un nuevo orden político. Provincias y Estado Nacional, 1852-1880*. Buenos Aires: Biblos. p. 319.

gráfico o de biografías colectivas, aspecto que permite a los autores reunir el análisis de más de seiscientos individuos a lo largo de las provincias estudiadas. Por otro lado, la conceptualización de capital elaborada por Pierre Bourdieu es un elemento permanentemente presente en este estudio. Sin desconocer las fortalezas y las debilidades de la propuesta, que son analizadas en un muy ajustado estado del arte y en una reflexión sobre el soporte y la disponibilidad documental, los autores se proponen no sólo dar cuenta del capital económico, sino también del cultural, relacional y simbólico del elenco político. En este sentido, como señalan los editores en la introducción, la traducción de estos últimos a dimensiones medibles es considerada en la obra un horizonte de problemas y variables para caracterizar la dirigencia política.

Es muy destacable la uniformidad metodológica y analítica desplegada en cada uno de los capítulos, lo que permite al lector notar y diferenciar las características de la dirigencia política a nivel nacional y provincial. En este sentido, y más allá de las diferencias estructurales, coyunturales, demográficas o económicas de cada provincia, cada capítulo se preocupa por dar cuenta del origen familiar de los sujetos analizados, el capital económico –propiedades, rentas, etc.–, cultural –educación formal, participación en la prensa, discursos parlamentarios, etc.– y relacional –redes familiares y redes de sociabilidad–. En todos los casos, las proliferas y amenas narraciones son acompañadas por cuadros estadísticos que sintetizan la enorme base de datos elaborada y por abundantes ejemplos que permiten ilustrar las principales hipótesis y conclusiones.

El sólido trabajo metodológico y documental permite al libro contribuir con aportes, hipótesis y conclusiones que indudablemente serán retomados por futuros trabajos sobre el período. A continuación, y sin desmerecer otros que este rico libro contiene, señalaremos aquellos que consideramos más relevantes.

En primer lugar, tal como se sostiene en la introducción, la obra interpela la cronología utilizada usualmente para analizar el período. En este sentido, si bien no se ignoran aquellos acontecimientos que significaron cambios profundos en las configuraciones políticas provinciales y nacionales –por ejemplo, la derrota de Buenos Aires en 1880 y la federalización de la ciudad–, el libro destaca y revaloriza las continuidades y las renovaciones que experimentaron las dirigencias políticas.

En segundo lugar, el libro inquiere sobre el concepto de oligarquía para designar a la dirigencia política. A partir del enorme soporte material trabajado, los diferentes casos estudiados permiten matizar aquella antigua, pero todavía extendida, concepción de gobiernos de familia que monopolizaban poder económico y político, clausurando la posibilidad de ampliación e incorporación de otros sectores sociales al juego político.

Por el contrario, el texto matiza la relación entre capital económico y ejercicio político, destacando los procesos de renovación, recambio e incorporación que paulatinamente transformaron los elencos políticos de la segunda mitad del siglo XIX. Incluso en aquellas provincias que podrían catalogarse como más tradicionales, la dirigencia política fue abierta al mérito de quienes poseían habilidades y saberes re-

queridos por el Estado en formación. Sin negar la influencia de otros capitales simbólicos, económicos o relacionales, el capital cultural o saber fue expresión de un proceso de profesionalización de la política y, en términos más generales, de especialización de la sociedad. En otras palabras, la actividad política fue lenta pero constantemente reservándose a quienes formaban parte de lo que puede definirse como una cultura letrada. Paralelamente, y a modo de ejemplo, en todos los casos estudiados es notoria la manera en que la experiencia militar fue menguando su importancia como capital simbólico para ser reemplazada por la graduación universitaria.

Tercer elemento relacionado con lo anterior es la existencia de diferentes circuitos y esferas de la actividad política, aspecto que sin dudas abrirá nuevas indagaciones en el estudio de las configuraciones políticas provinciales. Sintéticamente, los dirigentes que ocuparon los más altos cargos nacionales o provinciales caracterizados en esta obra tuvieron poca o nula trayectoria local o territorial. En este sentido, los autores sugieren que fue en las legislaturas provinciales donde ambas esferas se vincularon, siendo para unos el punto de partida de una trayectoria política de mayor amplitud y para otros el techo o límite al que podían aspirar en su actuación política.

Resulta una enorme pena la ausencia de análisis específicos para Catamarca, La Rioja, San Luis, Santa Fe y Santiago del Estero, espacios que –esperamos– pronto serán analizados desde las mismas perspectivas por otros colegas. Del mismo modo, aun-

que no tratado aquí, el libro abre también interrogantes para futuras investigaciones. Por señalar dos de ellas: un análisis de la actuación parlamentaria o de gestión institucional de estos actores caracterizados por su capital cultural, particularmente para confirmar o refutar lo señalado en las conclusiones respecto al carácter “progresista” del liberalismo en esta etapa de la historia argentina. En segundo lugar, la obra deja pendiente un análisis de los participantes de la baja política, aspecto que será retomado por estudios orientados a la historia regional y provincial.

En suma, *La dirigencia política argentina...* logra cumplir con su propósito de ofrecer al lector una sólida caracterización de la dirigencia política entre 1860 y 1890. Sin duda, se convertirá en referencia e insumo obligado para futuras investigaciones sobre el período, tanto para la Argentina como para otras regiones de Hispanoamérica. De igual modo, se constituirá en herramienta que permitirá argumentar y desmitificar viejos prejuicios aún arraigados en el imaginario común de nuestras sociedades. Por último, pero no menos importante, la obra es, a su vez, ejemplo de la profesionalización de nuestra disciplina, de la renovación de quienes la ejercen y de la manera en que se construye y explica hoy día la historia política. En definitiva, *La dirigencia política argentina...* no debería considerarse como parte de la renovación de la historia política, sino, por el contrario, como la cristalización de una manera de pensar, hacer y escribir historia política.

Mariano J. Aramburo

Universidad de Buenos Aires / CONICET